

Sobrevivir: Testimonios de la militancia en *Pájaros sin luz* de Noemí Ciollaro (1999)¹

ROSSANA NOEAL

Universidad Nacional de Tucumán - CONICET

Pájaros sin luz plantea otro tema del debate del género testimonial: la presencia del sujeto y sus derrotas. La enunciación cuestiona la posibilidad o no de iniciar un relato que pueda cruzar al pasado desde el presente. El yo actual de cada una de las voces de las mujeres recuerda, frente al grabador de la editora, una experiencia traumática acontecida durante la dictadura. En referencia al debate sobre el testimonio y la literatura testimonial, Ciollaro prioriza el lugar de la mediación de quien edita y le apuesta al diálogo como elemento constitutivo del discurso testimonial.

Pájaros sin luz inscribe la voz de los sin voz desde la mirada de las sobrevivientes que están dispuestas a dar testimonio; la mayor parte de los testigos han desaparecido y ellas han silenciado, hasta el momento de la aparición del libro, su categoría de protagonistas. Superan remordimientos y heridas y tratan de hablar desde su lugar dejando de lado las lecturas y los relatos ajenos. La cronista de los hechos se ubica en un lugar privilegiado de la observación sin someterse ni a los discursos oficiales sobre la memoria ni a los discursos de las organizaciones de derechos humanos. Festeja la capacidad de contar lo que han visto, testigo de relatos otros, a la vez que protagonista del mismo acto de guerra que el de sus compañeras.

Las mujeres se encuentran en un punto imaginario del texto: piden ayuda para encontrar a la figura del compañero desaparecido; la respuesta es el vacío, la ausencia y hasta la negación de la existencia de la persona que se busca. El devenir traumático implica una incapacidad de vivir una “experiencia” con sentido;² por el contrario, las mujeres sobrevivientes de *Pájaros...* recuperan para sí la posibilidad de dar testimonio. Como protagonistas de los hechos ocupan el tiempo de la reconstrucción subjetiva del presente. Este trabajo de representación consiste en elaborar y construir los retazos de una experiencia pero con la conciencia clara de que ese pasado debe quedar atrás para poder construir en el presente, una identidad sin negaciones.³

¹ Todas las citas corresponden a la edición de Buenos Aires: Planeta.

² (Jelin, 2000: 94) Hay una suspensión de la temporalidad, expresada en los retornos, las repeticiones, los fantasmas recurrentes.

³ “De a poquito, yo esperaba siempre su señal, nunca le impuse nada de todo esto, las charlas se iban dando a partir de algo que ella pedía. Me acuerdo que a sus catorce años tuvimos una pelea muy fuerte porque la habían invitado a una fiesta en el Liceo Naval, la invitación fue de un grupo de chicas compañeras del colegio. Era una fiesta importante, medio de gala, muchas de sus amigas iban. Y yo le dije no. No vas. Quiso saber por

La autora ensaya una nueva experiencia testimonial y atraviesa el relato con los recuerdos crudos desde una mirada propia del género. Al desaparecer los hombres, el sistema represivo afectó a las mujeres en su rol familiar y de parentesco, es decir, en el núcleo de sus identidades tradicionales de mujer y esposa (Jelin, 2000: 104). Muchas de las mujeres de Ciollaro se ven excluidas de los lazos familiares y sociales que tenían antes del momento de la desaparición de sus compañeros; la soledad es el rasgo central de la experiencia.

El relato se mueve entre dos espacios: la certidumbre y la certeza ante la muerte.⁴ La situación de terror en la que se vive les exige ocultamiento y la construcción de diversas mentiras para dar cuenta a los hijos de esta nueva situación; el papá está de viaje, va a volver, no sabemos nada, hay que esperar. La mayoría de los testimonios narran los múltiples intentos para que los hijos continúen con las actividades cotidianas en otras instituciones como la escuela. El entramado social en el que normalmente se desarrollan las actividades de la domesticidad se ve totalmente destruido, quebrado, fracturado.⁵

Dos tipos de acciones se construyen en este contexto: en la escena pública se crean las organizaciones de derechos humanos ancladas en el parentesco con las víctimas directas: fundamentalmente madres, grupo del que quedan excluidas las mujeres que se repliegan en el ámbito privado a la lucha por la subsistencia familiar y la adaptación o cambio en función de las nuevas circunstancias.

El prólogo de Osvaldo Bayer inaugura la colección de diecinueve testimonios de mujeres de desaparecidos incluida la experiencia autobiográfica de la autora, vinculadas todas por una pérdida violenta de sus parejas. Si bien la enunciación de la autora intenta igualar las experiencias, no todos los pájaros están sin luz ni se han quedado en el pasado. Puede rastrearse un cuestionario común aunque los relatos exceden el centro ordenador del proyecto testimonial. Los enunciados se esclarecen mutuamente a través del diálogo que mantienen entre sí. El libro no puede describirse como un solo y único decir de las voces; no están todas incluidas en un mismo registro y a pesar de ser atravesadas por temas en común el discurso de cada una expresa una mirada distinta sobre situaciones aparentemente similares.

qué, me dijo que eran chicos como ella. Y yo le dije no, son pichones de hijos de puta. Esa frase quedó en casa. Le expliqué y con mucha rebeldía aceptó no ir. Ahora se espanta de pensar en cómo me hubiera visto ella a mí si yo le hubiera permitido ir, para mí fue crucial y para ella en ese momento parecía un no arbitrario. En general no se discute una fiesta desde lo ideológico” (Haydeé. *Pájaros...* 120).

⁴ Aquí planteo la tensión que existe en la etimología de los dos términos. (Ver: Diccionario de la Real Academia Española, 2003) Certeza, del latín *certus*, se define como el conocimiento seguro y claro de alguna cosa; Certidumbre, del latín *certitudo-certitudinis* se define como certitud, como obligación de cumplir alguna cosa, como un mandato. Veo claramente inscriptas las dos tensiones del género testimonial: buscar una verdad cierta y el mandato de testimoniar, de “dar entera relación de lo sucedido”.

⁵ “A los chicos no sabía qué decirles. Yo tenía certeza de que Horacio no iba a volver, entonces inventaba que el papá siempre estaba lejos, de viaje, trabajando. Cuando tenía cuatro años le dije al mayor, a Mariano, que el papá se había muerto lejos, en otro país, los otros dos eran todavía muy chiquitos. Pero antes de eso, un día que lo llevaba al jardín en bicicleta, pasamos por la quinta presidencial y había soldados, y Mariano me dijo: “¿Estos son los soldados que mataron a papá?” (María Inés. *Pájaros...* 161).

Significó para mí, y creo que para quienes me dieron su testimonio, reabrir los bordes de una herida profunda y oscura, nunca del todo cicatrizada y explorar en su interior, casi obsesivamente, tratando de rescatar aquellos pedazos de nosotras y de la historia que fueron quedando en el camino –o no–, a lo largo de estos últimos veinticinco años. (...) Durante dos años y medio trabajé recogiendo los testimonios para luego editarlos, tratar de rescatar en el texto las emociones, los gestos, las pausas, el llanto y las sonrisas de las mujeres a las que entrevisté. (Ciollaro, 2001: 60)

La profusión de relatos testimoniales, algunos de carácter autobiográfico y otros basados en la mediación de Ciollaro, dan cuenta de un proceso importante en nuestra sociedad. Creo que no se trata de fenómenos ligados exclusivamente a fenómenos de mercados (textos que ocupan, casi principalmente, el mesón de novedades), sino que responden a complejas búsquedas de sentidos personales y a la reconstrucción de tramas sociales. De manera central existe un propósito político y hasta educativo: transmitir experiencias colectivas de luchas políticas, ideas de grupos y metas comunes, así como los horrores de la represión, son intentos de indicar caminos deseables.

La compiladora de *Pájaros...* se aleja de las versiones simplificadoras del pasado; abre polémicas con las distintas teorías de los demonios que han acudido a explicar la existencia de dos ejércitos enfrentados silenciando cualquier confrontación. Como en un gran mural expone la maraña de contactos humanos y las redes que existían en el interior de la generación de los años '70. Las voces de sus mujeres reproducen un entramado complicado en el que la versión de los hechos no puede reducirse a los bloques de lo familiar y lo desconocido, aunque sí queda claramente expuesta la separación entre víctimas y verdugos. Los enunciados se movilizan para exponer la insoportable ambigüedad de los acontecimientos. *Pájaros...* es un catálogo de las aberraciones: la tortura a la embarazada con la picana eléctrica, la trompada del médico policial a la embarazada porque ésta le dijo su nombre, la situación de abandono que ejercen sobre ellas los grupos familiares o los vecinos “de siempre”.

El ingreso en la situación traumática de la detención personal o del compañero es un choque por la sorpresa que suponía; el mundo en el que las protagonistas se ven precipitadas es terrible e indescifrable. El “nosotros” pierde sus límites; los contendientes no son dos y no se distingue una frontera sino muchas y confusas, innumerables sitios de una geografía del horror. Las diferentes formas lingüísticas y estilísticas separan las experiencias entre sí, las entonaciones, los registros de las voces, las diferentes distancias entre los enunciados representados y el enunciado directo de la autora; el libro es un conglomerado de estilos heterogéneos y planos múltiples.

La mayoría de las protagonistas pertenece a una clase media con estudios superiores; pero también aparecen las voces de las mujeres obreras con una fuerte marca de oralidad. El

testimonio más representativo en este sentido es el de Dora de Jaramillo en la entrevista participaron sus cuatro hijas; ellas tienen una visión más general y aportan una capacidad de observación que estuvo paralizada por el sufrimiento. Las hijas tienen datos sobre el contexto político, una suerte de explicación de lo sucedido. Dora, habla como sobreviviente también de la locura.

Pasaron los años y en 1976 ya teníamos seis chicos, la mayor Mónica que es discapacitada, y los otros cinco normales. Cuando mi marido desapareció, la más chiquita, Ana María, tenía dos meses. De la noche a la mañana mi marido desapareció. Unos pocos días antes de desaparecer se enfermó y se quedó en casa. Pedimos el médico de la empresa pero no vino, y le dieron parte de enfermo un viernes; el lunes siguiente volvimos a llamar pidiendo que mandaran al médico pero nos dijeron que tenía que presentarse en la fábrica porque ya habían preparado su indemnización. (...) Sí, Trapax me daban, las pastillas enteras, y me pasaba todo el día tirada. Pero cuando me quedaban poquitas pastillas yo me volvía loca, decía: “¿Qué tomo ahora?”. Sin eso no podía dormir, no podía nada. (Dora de Jaramillo. *Pájaros...* 230).

Esta voz diferente de la sonoridad de la voz autorial, emerge desde otros espacios y recibe otras legitimidades.⁶ En el acto de hablar con Dora, Ciollaro comienza a hilar el hilo fragmentario de una narrativa propia hecha de retazos, contando una historia que anuncia una realidad distinta de la que imaginó Ciollaro en los años '70. Dora expone una historia alternativa, por momentos ajena a los empeños de las militancias; *Pájaros...* desbloquea la relación crítica con la experiencia de los setenta. Expone otros rostros, descubre las pasiones y las equivocaciones, las apuestas y los fracasos, el coraje y la miserabilidad, estrategias que nos permiten reencontrarnos con mujeres de carne y hueso. Escuchamos sus historias fragmentadas, compartimos sus dolores y las ausencias.⁷

En el '71 nos fuimos del PCR y junto a un grupo de compañeros integramos una agrupación independiente, Los Obreros, que en el 73 en gran parte se sumó a Montoneros. Para mí fue la época de la proletarización y la de mayor actividad gremial (...) Eramos todas mujeres, excepto las capataces y supervisores; allí pude comprobar en carne propia la justicia de las reivindicaciones de las trabajadoras,

⁶ “Dora de Jaramillo deja al descubierto cómo fueron los procedimientos cuando la víctima era pobre. Aquí queda claro para quién se hizo la dictadura. Cómo las empresas coadyuvaban o actuaron directamente en el sistema represivo y fueron las grandes ganadoras. Prólogo de Osvaldo Bayer, *Pájaros...* 13. Bayer ilumina particularmente este testimonio en cuanto lo remite a su trabajo con las luchas obreras del sur en su saga sobre la patagonia. Los Jaramillo son inmigrantes chilenos.

⁷ Me interesa particularmente este testimonio porque en el trabajo de compilación se mezclan algunos elementos del testimonio canónico. La voz de Dora tiene zonas comunes con las voces del testimonio de otras mujeres como Domitila Barrios. La compiladora, frente a ella ocupa otra posición (Ver Nofal: 2001).

pero también comprendí que mis compañeras, obreras auténticas, no estaban des-
esperadas por hacer la revolución ni por seguir ciegamente a la pretendida vanguar-
dia del proletariado” (Noemí Ciollaro, *Pájaros...* 21).

Ciollaro expresa en diferentes oportunidades su extrañeza frente a este decir de Dora. Es el reclamo del sobreviviente que se pregunta por el destino de su biografía, que con cierta perplejidad se interroga sobre la realidad de una historia escamoteada. En el relato estallan las certezas y nos queda por recorrer el itinerario hacia el vacío, un itinerario que nos permite construir una historia hecha de márgenes y de olvidos, una historia surcada por las ideas y los cuerpos.

Hubo casas que habían sido habitadas por el desaparecido y en las que su presen-
cia era tangible. La de la familia Jaramillo fue una de ellas. Mientras estuve allí con
Dora y sus hijas, a medida que avanzábamos en la entrevista, comencé a sentir que
en cualquier momento podía abrirse una puerta y que Jaramillo, ese obrero meta-
lúrgico secuestrado y desaparecido en los alrededores de la empresa SAIAR un
cuarto de siglo atrás, en cualquier instante podía abrir la puerta y sentarse con
nosotras (Ciollaro: 2001, 63).

Entre ambos testimonios: el de Dora y el de Noemí hay puntos de cruces y grandes
diferencias. En el relato del secuestro de Eduardo refleja que, como militante activa, cono-
cía los peligros que corría y los sufrimientos que podía llegar a experimentar. Noemí expo-
ne su conciencia del riesgo y los cuidados que su actividad política requerían. O sea, aunque
inesperado, el secuestro entraba en el campo de lo posible. En el relato de Dora, la desapa-
rición de Luis entra en la zona de lo imprevisible.

Vieja, ya no pertenezco más a la fábrica Saiar. Yo me sorprendí un poco, pero me
dijo que le iban a pagar a las tres de la tarde. Se quedó en casa, almorzó con nosotros,
escuchó música y a eso de las tres menos diez, cambiado y afeitado, se fue a cobrar
(Dora de Jaramillo, *Pájaros...* 224).

El libro, en tanto una nueva representación de la memoria, abre un nuevo hablar sobre
la tercera categoría de personas que se ha inventado en la Argentina: los desaparecidos.⁸ El
texto discute esta entidad y todas las voces abren polémica con la enunciación de Videla que
se reproduce en el pórtico de la experiencia testimonial.⁹ El desaparecido como incógnita,

⁸ Es terrible porque escapa a toda lógica, ahora sabemos que en este país hay vivos, muertos... y desaparecidos. Hay una tercera categoría de personas que se ha inventado en la Argentina. Zulema Riccardi, *Pájaros...* 200.

⁹ Como notas marginales, páginas prescindibles, Ciollaro incluye recortes de la época; en este espacio, la auto-

como una ausencia inexplicable: borradura, tachón. El discurso oficial expone la ecuación en la que la mayor deformación del recuerdo de un crimen cometido es su supresión. Esa operación se rebate con una voz masculina que se inserta en el final de esta colección y la clausura: la de Darío Olmo del Equipo Argentino de Antropología Forense.¹⁰ A su voz se remiten los movimientos de búsqueda y recuperación de una zona gris de la memoria; las búsquedas corpóreas iniciales se clausuran con la aparición de “un puñado de huesos” y la necesidad de un entierro. El explicita lo irracional de las explicaciones. Sus palabras tienen un interés y una lógica mayor que la exposición de cada caso puntual; es en esa zona del texto donde se reúne un importante material histórico. El testimonio de Olmo sobre el trabajo del Equipo cierra la colección de voces femeninas. Ubicado desde una mirada distinta, él es hombre e investigador, distinto de las mujeres víctimas condenadas al ayer, intenta definir los cánones internos de la represión y las verdades irreductibles de las muertes. Los testimonios de la colección se presentan, en su mayoría como casos de un inventario; la descripción de las formas más complejas de la represión y la representación de la totalidad del proyecto de exterminio aparecen en su descripción de un proceso sistemático de aniquilamiento.¹¹

La palabra desaparecido fue una designación muy poco feliz sobre lo que estaba pasando. Básicamente, porque la gente no desaparece. Somos, entre otras cosas, materia. La materia se transforma pero no desaparece. Y el verbo desaparecer, no es un verbo transitivo, se transformó en un verbo transitivo. “A Fulano lo desaparecieron, se decía y cuando se designa de una manera tan poco feliz lo que sucede, las consecuencias también se pagan. La gente no desaparecía. La secuestraban, a la enorme mayoría en su casa. A la gente la llevaban a los centros clandestinos de

ra dibuja la zona de la alteridad más absoluta: las mujeres otras, las mujeres del *Para Ti*. No incluye esas voces en el diálogo de las sobrevivientes, no abre polémicas no les concede un lugar en la tragedia; están en un escenario al margen con un decir absolutamente fuera de lugar. “Las mujeres escogidas por *Para Ti*. Ante la visita de la Comisión Interamericana por los Derechos Humanos, creímos que la mujer que hoy trabaja, estudia y educa a sus hijos en la Argentina también tenía que dar su opinión. Decir qué siente, qué piensa y qué quiere para su país. Por eso instalamos nuestros puestos en lugares clave de la Capital Federal, Córdoba y Mendoza. Estas son sólo algunas de las respuestas. La totalidad será enviada a la Comisión. Testimonios claros, precisos, que merecen ser leídos (*Pájaros...* 201).

¹⁰ “No tengo la cifra exacta pero supongo que en nuestro país debemos haber hecho alrededor de unas cuarenta identificaciones a lo largo de muchos años, desde que a mediados de 1984 iniciamos estas búsquedas. (...) Es obvio que las listas de desaparecidos están, es obvio que las listas fueron hechas con mucho cuidado y que los responsables de las Fuerzas Armadas sabían perfectamente qué era lo que estaba pasando con cada una de esas personas. (...) Resulta más obvio decir que nuestra búsqueda es algo muy chico si la comparamos con lo que sería posible hacer si ellos asumieran decir: ‘Cada persona fue asesinada o fusilada (o como quieran llamarlo) tal día, en tal lugar y con el cuerpo se hizo tal cosa’, pero nada es así y por eso todo resulta muy difícil (Darío Olmo. *Pájaros...* 329).

¹¹ Le diré que frente al desaparecido en tanto esté como tal, es una incógnita. Si reapareciera tendría un tratamiento equis. Pero si la desaparición se convirtiera en certeza, su fallecimiento. Mientras sea desaparecido no puede tener tratamiento especial, porque no tiene entidad: no está ni muerto ni vivo” (Clarín, 14 de diciembre de 1979. *Pájaros...* 39).

detención. A la gente la torturaban. A la gente la asesinaban. La tiraban de aviones o la hacían aparecer como un NN, o la enterraban vaya a saber uno dónde. Pero la gente no desaparecía (Darío Olmo. *Pájaros...* 337).

La forma clandestina asegura la ventaja de la negación. Hay una clausura sobre el ejercicio de la memoria: los muertos carecen de una nueva oportunidad para dar su testimonio y los sobrevivientes articulan un relato lleno de huecos; pero, sin embargo, entre los muertos y esos secretos en los relatos de los sobrevivientes, vuelve a aparecer la posibilidad de una escritura para dar testimonio de una presencia. Tragedia que emerge allí donde la experiencia no puede ser narrada. ¿Quién puede hacerse cargo de una derrota?

Una de las manifestaciones más claras y evidentes de la distancia que hoy nos separa de la década del setenta, es la cuestión del lenguaje, de sus metamorfosis y de una traducción que se vuelve sumamente difícil, por no decir casi imposible frente a la pérdida de los referentes. Despertar en la cueva de la historia, enfrentarnos a esos sonidos extraviados que articularon una parte esencial de la biografía de las mujeres reunidas por Ciollaro es una experiencia que excede creo, los límites primeros del proyecto testimonial concebido por la autora.

El lenguaje recobra su poder de evocación y construye el discurso sobre la muerte del héroe; expone la distancia que nos separa a nosotros, habitantes de otro tiempo de la experiencia recuperada. Nada es más falso e ilusorio que la voluntad de recobrar un pasado absoluto; el relato de las mujeres quiebra el transcurso del tiempo y busca de una vez y para siempre aquello que se convierte en fundamento y fundación del pasado, aquello a lo que ejemplarmente siempre nos estamos refiriendo: el ejercicio de la rememoración. A diferencia de otros discursos testimoniales, Ciollaro apela a una discursividad subjetiva para atravesar desde allí los ejes de lo político y de la militancia. Las voces se desplazan hacia los puntos ciegos, hacia los espacios clausurados de una historia que se torna insoportable. Ninguna de las mujeres se silencia: interpelan constantemente los claroscuros del pasado que intentan retomar. Cuestionan fundamentalmente los discursos mitificadores de las Madres de Plaza de Mayo.

Las mujeres cuestionan la utopía del discurso de las Madres de creer que es posible volver a hablar el lenguaje de los hijos, “que aquellas palabras que articularon la experiencia política de sus hijos han permanecido incontaminadas al margen de los vientos huracanados que el propio movimiento de la historia no deja de producir” (Forster, 2003: 63) Frente a este discurso, las mujeres inauguran un discurso femenino desmitificador en tanto se inscriben en la apertura de una prohibición absoluta: se atreven a cuestionar las palabras de los desaparecidos, a interrogarlas desde sus grietas y sus fallas. Regresan al discurso sobre la militancia y desde allí comienzan a hablar.

Con Hebe empieza esta eterna discusión; luego, ya en democracia, ella cambia

totalmente esta posición, pero anteriormente no querían reconocer que sus hijos eran militantes políticos. Nosotros estábamos convencidos de que había que decir que a los compañeros no se los habían llevado por nada o porque estaban asaltando un quiosco, que lo que estaban haciendo lo hacían enmarcados en su militancia política, fueran montos, brigadistas, erpios, o lo que fueran, era gente militante. Costó años esta discusión (María del Socorro Alonso, *Pájaros...* 281).

Pero no pude bancarme estas cosas. Ni el autoritarismo de Hebe de Bonafini. En las entidades había jerarquías, como no querer reconocer la militancia del desaparecido, o donde militaba. Esa cosa era falsa (Noemí, *Pájaros...* 67).

Las mujeres comienzan a hablar desde la militancia: “mi marido era....., militante de...”; yo militaba en. Las acciones de la lucha se convierten en clave de identificación, lugar y dirección. También el ingreso a la lucha armada, se enuncia aún desde la explicitación del secreto.¹² El relato se comienza a decir desde la condena, pero en el medio se detiene a imaginarse distinto, salvado, sobreviviente, preparado para la resistencia y aún más: para continuar con los mandatos. Entonces, como si se treparan sobre sí mismos, los pájaros sin luz buscan líneas de fuga, intentan comprender un itinerario: de dónde viene y a dónde van. Intentan seguir el curso de un camino, a veces en línea recta, otras veces serpenteante y circular.

El texto entonces se trueca en relato, en la necesidad de hacer relato y apropiarse de posibles usos de esa masa de cosas dichas. El uso tiene que ver con la memoria; algunas las mujeres hablan de su experiencia con la terapia como búsqueda de una salida.¹³ Se trata de recuperar un pasado doloroso, clausurado y reciente a la vez. Las mujeres del libro hablan de la inclusión y la exclusión, de la soledad y la pertenencia. Los enunciados tocan todos esos temas como si se visitara una casa embrujada, antes familiar y se abren las puertas y las ventanas y se deja ver la luz, deshaciendo el hechizo, expulsando a los otros, a los expropiadores, y tornándola habitable y familiar otra vez.¹⁴ Las mujeres revelan y descubren el velo

¹² “Decidí el ingreso en el mayor de los secretos. Ni siquiera lo comenté con el Flaco. Pero era insostenible, o tenía un amante, o me había vuelto muy extraña... El compañero que me contactó venía del peronismo e integraba las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), una organización pequeña y especial que se había formado con la intención de participar en lo que se suponía iba a ser el gran desarrollo revolucionario a partir de la presencia del Che Guevara en Bolivia)” (Mirta Clara, *Pájaros...* 173).

¹³ Me parece importante citar la vinculación entre memoria y psicoanálisis que establece Tzvetan Todorov (2000:24) cuando teoriza sobre el buen uso de la memoria. “El sujeto ha apartado de su memoria viva, de su conciencia, algunos hechos y sucesos sobrevenidos en su primera infancia y que le resultan, de un modo u otro, inaceptables. Su curación, mediante el análisis- pasa por la recuperación de los recuerdos reprimidos.”

¹⁴ Son muy importantes en los relatos los momentos de referencias a las casas, a los espacios abandonados, a la sensación y al miedo de volver al sitio después de la desaparición del compañero o del cautiverio persona. Muchas mujeres hacen referencia a los saqueos y a las apropiaciones ilegales de sus bienes por parte de los represores. “Un tiempo después la casa fue ocupada por un tipo de la 7 Brigada Aérea de Morón, que estuvo viviendo allí siete años. La casa era nuestra, la habíamos comprado con un crédito que sacó mi papá; así que

de lo que pasó; hablan de su verdad; una verdad que no es sólo preposicional, agotada en una demostración de hipótesis, sino también existencial.

Durante las entrevistas, la memoria se convierte en desagravio, el pasado se supera a partir de formas insospechadas y creativas y se vuelve imperativo el trabajo de transmitir los recuerdos bajo la forma de una narración que sus descendientes puedan aceptar. “Las cosas tienen que aparecer en este libro tal como yo se las conté a mi hija, o sea con la más pura verdad.”¹⁵ Las estrategias del sobrevivir tocan todos los registros; algunas voces entran en la zona de la culpa “recuerdo haber deseado mil veces que me llevaran a mí también”; “hubiera sido mejor que me llevaran a mí también” “¿y si yo hubiera gritado? Esas cosas pueden quedar como culpa. No hice. Fui cobarde. Le tuve miedo” (Noemí. *Pájaros...* 62-65). La verdad es muy importante en los relatos y es constitutiva del género testimonial: decir la verdad, buscar la verdad, reclamar la verdad son distintas modulaciones de una misma enunciación.

Los verbos opuestos no son únicamente saber e ignorar. Bajo la forma del recuerdo, la memoria se convierte en un proceso marcado por voluntades en contraste: voluntad de recordar, voluntad de olvidar, voluntad de sobrevivir.¹⁶ La narración se abre a nuevas posibilidades, exorciza los fantasmas, pero también los agita.

El proyecto del libro se inscribe en los puestos: luz y oscuridad, pájaros sin luz, pájaros que no pueden volar frente a otros que encuentran la salida. Inicialmente se piensa la pérdida, la ausencia del héroe que supone lo luminoso; en el camino el relato busca esta figura a la vez que construye una nueva: la de la heroína capaz de sobrevivir, incluso, a la condena de la autora en el título. Las mujeres se presentan como predestinadas a fines inciertos, arrancadas, sospechosas, “peligrosas” en varios sentidos, instaladas con precariedad, en domicilios provisorios que debían abandonar en cualquier momento. Pero frente al límite: la construcción de las mujeres valientes (incluso con sus días de cobardía). Cada mujer entrevistada tiene su anécdota, su hecho excepcional, su cualidad de sobreviviente.

durante años mi viejo siguió pagando el crédito y el tipo vivía allí. En el 83 dejó la casa y le dijo a los vecinos que se tenía que ir porque lo perseguían los montoneros. Le empecé juicio y todos los vecinos me salieron de testigos. El tipo vivió todos esos años ahí, con su esposa, mandaba sus hijos al colegio de enfrente, nunca pagó los impuestos, y cuando se fue dejó de nuevo las cuatro paredes peladas. Se llamaba Astezano. Mientras yo estaba en Brasil, mi mamá pasó un día por la casa y vio cortinas en las ventanas, entonces tocó el timbre. Salió un tipo y ella le preguntó por la familia fulana... el tipo se pudo como un loco y la amenazó. (Sonia Severini. *Pájaros...*, 139)

¹⁵ María del Socorro Alonso. *Pájaros...* 280

¹⁶ El gran relato escondido en la trama del libro es el discurso de Primo Levi; “Estuve leyendo el último libro de Primo Levi. Después de escribir ese libro él se suicidó. Y en ese libro hablaba de gente que empezó a suicidarse veinte años después del Holocausto. A veces, en chiste, yo digo que acá va a pasar lo mismo y que yo voy a ser una de los que se suiciden. Lo hago en chiste y todos se rien. Todavía no tengo planificado suicidarme, pero fuera de eso, el tiempo en nosotras no tiene que ver con el tiempo real, y eso te lleva a una lucha interior psíquica infernal. A esto hay que sumarle que no hay reparación”. (Sonia Severini, *Pájaros...* 152)

Llegó a un punto en que vivía con sus hijos encerrada, sin luz, sin agua, lo único que podía hacer era abrazarse a sus hijos y estar ahí, a oscuras, sin luz, encerrados. Terrible. Finalmente murió hace tres años. Nunca pudo salir de esa depresión horrorosa en la que quedó sumida después de la desaparición de su compañero. La internaron y murió.

Lo que quiero decir es que en muchas de nosotras hubo locura, pero con polenta, logramos salir, sobrevivir. Pero hubo mujeres que no lo pudieron resistir” (María Inés, *Pájaros...* 168).

El libro explicita el mandato testimonial de relatar lo sucedido y de inscribir la experiencia de la derrota. La voluntad de sobrevivir se impone a todos los totalitarismos, incluso, al del centro autorial: la verdad no aparece como un presupuesto universal sino como una multiplicidad de informaciones, datos, cruces subjetivos que se escapan al control y a los centros de poder.

En cuanto a la información factual, datos o estadísticas, el libro no aporta elementos diferentes y los directorios siguen siendo difíciles e inaccesibles. Los actos de silencio o de palabra no son neutros frente a la voz autorial. Es evidente que hoy difundir información sobre la militancia de los setenta todavía presupone algunos peligros. Pero la resistencia mayor y la más solapada no viene de los sobrevivientes ni de los enemigos sino de un sistema casi ajeno a los protagonistas. Los relatos de esas experiencias extremas perturban. Las guerras ocurren lejos, las grandes calamidades están reservadas a otros. Los pájaros sin luz se niegan a permanecer en esa celebración invertida del horror que propone la entrevista inicial. Las mujeres hablan y sus ojos vuelven al ayer como a una hoja iluminada de la historia y, por sobre todas las cosas, se deciden, al fin, a leerla a contrapelo.

Bibliografía

- Benjamín, Walter (1989): *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.
- Jelin, Elizabeth (2002): *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Levi, Primo (1989): *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Nofal, Rossana (2001): *La escritura testimonial en América latina. Imaginarios revolucionarios del sur*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- Sommer, Doris (1996): “No secrets” en Gugelberg, E. (editor), *The real Thing. Testimonial discourse and Latin America*. Durham: Duke University Press. pp. 130-161.
- Todorov, Tzvetan (2000): *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.